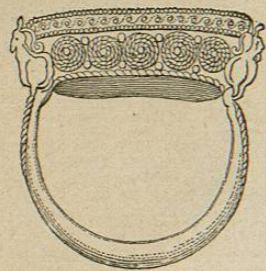


la plaza fuerte de Luceria. A Varrón se le dió el encargo de organizar el quinto ejército en el Piceno, y Pomponio tenía otro en Galia. Los restos de Canas y algunas otras tropas defendían la Sicilia, cuyas costas protegían tres flotas, como también las de la Calabria y el Lacio. Contando las fuerzas de los Escipiones y del pretor de Cerdeña, eran nueve ejércitos y cuatro flotas, ó sean unos doscientos veinte mil hombres, de los cuales noventa mil debían cercar á Capua y á Aníbal.

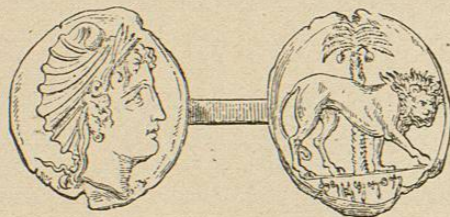
Este caudillo notaba en sus aliados italianos poca prisa en acudir bajo sus banderas, y la feliz diversión de los Escipiones, de la torpe política del senado cartaginés, que des-



Anillo de oro de caballero romano (2)

viaba hacia Cerdeña y España un poderoso y urgente socorro preparado por Magón para su hermano, dejaban á este solo todavía enfrente de Roma. Pero durante el invierno pasado en Capua y tan fatal para sus tropas, al decir de Tito Livio (1), habían partido de su campo secretos emisarios, y de pronto había sabido Roma que era inminente una sublevación de Cerdeña; que en Sicilia, Gelón, contra la voluntad de su anciano padre, quería hacer entrar en la alianza de Cartago á Siracusa, y en fin, que Filipo de Macedonia había prometido á Aníbal pasar á Italia con doscientos barcos. Por fortuna, murió Gelón de repente; el pretor Manlio destruyó ó cogió prisionero todo el ejército cartaginés desembarcado en Cerdeña, y Filipo obró con tanta lentitud en los preparativos de su expedición, que tuvo sobrado tiempo el senado para prevenirla en Grecia.

Para ensanchar y romper el círculo de hierro que se cerraba sobre él, se vió Aníbal obligado á hacer una guerra



Moneda cartaginesa (3)

de sitios, en la cual perdía toda la superioridad de su genio. Hoy los medios de ataque son superiores á los medios de defensa, y en la antigüedad era todo lo contrario. Aníbal fracasó delante de Cumas, defendida por Graco, y todavía sufrió dos decepciones delante de Nola: en uno de estos empeños le dejó Marcelo fuera de combate hasta cinco mil hombres. Al mismo tiempo, pasaba Fabio el Vulturno y avanzando paso á paso, pero con toda seguridad, tomaba tres ciudades al rededor de Capua; Sempronio Longo batía á Hannón en Grumento y lo rechazaba de la Lucania al Brucio; Valerio Levino tomaba las ciudades de los hirpinos y hacía perecer bajo la segur á los autores de la defección; de

(1) Montesquieu destruye con una palabra los largos razonamientos de Tito Livio: «Enriquecidos después de tantas victorias los soldados de Aníbal, ¿no hubieran encontrado en todas partes á Capua?»

(2) *Dict. des Ant. grecques et rom.*, fig. 347.

(3) Esta moneda, acuñada para pagar á los mercenarios cartagineses, es de labor griega y lleva una leyenda púnica que significa: *Del pueblo del campamento (moneta castrensis)*.

Nola, en fin, enviaba Marcelo parte de sus tropas á devastar las tierras de los samnitas caudinos.

Encerrado entre los tres ejércitos romanos de la Campania y rechazado de todas las plazas, Aníbal estaba vencido sin combate, por aquel plan tan hábilmente concebido y con tanta firmeza ejecutado. Ya se acercaban las legiones de Lucania y de Apulia, y las murmuraciones cundían entre sus tropas. Delante de Nola, mil doscientos sesenta y dos jinetes nómadas y españoles se pasaron al enemigo, y él mismo se dió prisa en retirarse antes de que se le cerrara toda salida y huyó hasta Arpi, hacia el mar Superior, creyendo así ir á recibir á Filipo. Su fuga dejaba á Capua expuesta á todas las venganzas de los romanos, que muy luego emprendieron el sitio. Fabio devastó sus campos y durante todo el invierno mantuvo un campamento á tres leguas de sus muros.

De España también llegaban á Roma buenas noticias. El año 215 había pues sido feliz en sus resultados; pero nuevos peligros se preparaban para el año siguiente, porque Siracusa había hecho defección y Filipo iba, en fin, á atacar.

El senado equipó una flota de ciento cincuenta barcos y tuvo en pie de guerra diez y ocho legiones, sin contar el ejército de España. Ocho hacían frente á Aníbal, tres contenían á los cisalpinos, una estaba en Brindis, dispuesta á pasar el Adriático para detener al rey de Macedonia, dos en Cerdeña, otras dos en Sicilia y otras tantas en Roma. Era la tercera parte de los hombres capaces de tomar las armas en el país sometido al reclutamiento legionario.

A pesar de sus victorias, el ejército de España carecía de todo y los demás estaban en la desnudez. Los Escipiones pedían con instancia dinero, trigo, vestuario para sus soldados, y aparejos para los navíos. Pero el tesoro estaba exhausto, bien que se hubiera doblado el impuesto, reducido el peso de los ases, decidiendo que el denario valiera 16 en vez de 10, y fabricado monedas de oro con cuerpo de otro metal para pagar y municionar las tropas que operaban en el Mediodía de Italia.

El senado hizo un llamamiento al patriotismo y todos los órdenes rivalizaron con noble emulación. Los tutores de las viudas y de los huérfanos llevaron al tesoro el dinero de sus pupilos, confiando á la fe pública este sagrado depósito, y tres compañías, con la sola condición de obtener un reembolso preferente al terminar las hostilidades, hicieron pasar al ejército de España las provisiones necesarias. No había marineros para la flota, y cada senador dió diez con la soldada de un año; los demás ciudadanos, siete, cinco, tres, según su posibilidad. En el ejército de tierra, los caballeros y los centuriones hicieron al Estado dejación de su sueldo; y cuando después de su victoria en Benevento, Sempronio Graco declaró libres á todos los esclavos alistados, rehusaron sus amos recibir su precio antes de acabarse la guerra.

Bajo la misma condición proveyeron los empresarios á todos los gastos de conservación de los edificios, á la compra de caballos para los magistrados, etc.; y á fin de reservar el oro y la plata para las necesidades del Estado, el rey Opia prohibió á las mujeres llevar en sus adornos más de media onza de oro. Algunos jóvenes se habían sustraído al servicio; los censores hicieron una severa investigación y los relegaron á Sicilia con los restos de la derrota de Canas.

El mismo espíritu de patriótica abnegación animaba á aquel gran cuerpo del pueblo romano. Los soldados valían tanto como los jefes; y á la prudencia de éstos respondía el valor de aquéllos. Silo Sergio, uno de los ascendientes de Catilina, había recibido veintitres heridas y perdido el brazo derecho; mas no por eso dejó de hacer cuatro campañas más. Por eso, fué aplaudida la piedad de su hijo, que hizo acu-

ñar una moneda donde se le representa á caballo al galope llevando en la mano izquierda la cabeza de un enemigo que acaba de cercenar.

Los romanos de aquel tiempo eran verdaderos hijos de Belona, la diosa que inspiraba el entusiasmo guerrero. Para acercarse á su altar, era menester abrirse el muslo y beber la sangre que manaba. No se extrañaría oírlos gritar como nuestros bretones: «¡Bebe tu sangre, *Beumanoir!*»

Roma no daba entonces sino buenos ejemplos en todo. Para el año 214, quería el pueblo elevar al consulado á dos ciudadanos que no tenían brillantes servicios militares. Uno de ellos, Otacilio, era deudo del Temporizador, y la primera centuria lo nombró. Fabio, que presidía los comicios, suspende al punto la elección; reprende á los candidatos y da á entender qué cónsules piden las circunstancias. Otacilio replica y Fabio hace avanzar á sus lictores. «¡Cuidado! le dice. Estamos en el Campo de Marte y yo no he entrado en la ciudad; mis hachas están aún en las fascas.» Con esto siguió la elección, y todas las centurias proclamaron á Fabio y á Marcelo, el escudo y la espada de Roma, como los llamaban. A pesar de su instintiva ojeriza contra el jefe de la nobleza, el pueblo había comprendido que sólo el amor del bien público animaba á aquel anciano cargado de tantos honores.

En otra elección, Manlio Torcuato rehusa el consulado; después la centuria de los *juniores* solicita, antes de votar, tener una conferencia con los *seniores*, y nombra cónsules á los que habían designado los ancianos.

No sabemos lo que pasaba entonces en Cartago; pero á buen seguro no se veía este desinterés en los grandes ni esta prudencia en el pueblo.

A este bello cuadro podría oponerse la avidez de ciertos traficantes y la indisciplina de algunos malandrines. Así un Postumio de Pírgi echaba á pique en alta mar viejas galeras vacías, que se hacía pagar por el tesoro como nuevas y cargadas de municiones; y en los Abruzos un Pomponio Veyentano, con una cuadrilla de esclavos, hacía una guerra de bandidos. Pero estos abusos son de todos los tiempos, pues los engendran fatalmente las guerras prolongadas. Conviene, sin embargo, señalar su aparición en la historia de Roma, porque las exacciones de los publicanos harán necesario el imperio, y la alteración de las antiguas costumbres militares facilitarán su establecimiento.

Siguiendo á Aníbal, había pasado Graco á la Apulia, y durante el invierno ejerció á su tropa con ligeros combates y escaramuzas contra el ejército cartaginés acantonado alrededor de Arpi. Aníbal, por su parte, no dejó de conservar la libertad de sus movimientos. Llamado por Capua, cuyo sitio estrechaban los dos ejércitos consulares, entró audazmente en la Campania, se burla de los generales romanos y de sus pesadas legiones, devasta el país enemigo en el intervalo de los campamentos y las plazas fuertes, ataca á Puzzolo, Nápoles y Nola, donde Marcelo hubo de batirlo otra vez en una escaramuza; después, fatigado de chocar con aquellas inmóviles legiones, con aquellas murallas, en que siempre deja algunos de los suyos, huyó velozmente hasta Tarento con la esperanza de arrastrar en su persecución á lo menos al fogoso Marcelo.

Pero nadie lo persigue ni aun sigue: Marcelo va á unirse con Fabio al sitio de Casilino, que recobran; y Tarento, donde Aníbal mantenía secretas inteligencias, donde pensaba adquirir, en fin, el puerto apetecido de cuatro años atrás para recibir las flotas de Filipo y de Cartago, Tarento, conservado para los romanos, se le escapa.

Cuando estaba delante de Nola, los cónsules habían llamado de Luceria á Graco y sus dos legiones de esclavos

para intentar otra vez cercar á Aníbal. En Benevento hubo de encontrarse Graco con Hannón, y prometió á sus esclavos la libertad por la victoria: Hannón apenas pudo escapar con dos mil hombres. Este triunfo, el más brillante que hubieran obtenido los romanos desde el principio de la guerra, expulsaba al enemigo del país de los samnitas, y Fabio tomó una tras otra todas sus ciudades.

Aníbal no poseía ya más que algunas plazas fuertes de la Apulia y vino á invernar al rededor de Salapia, al alcance de Arpi, su puesto más avanzado hacia el centro de la península y enfrente de las costas del Epiro, donde pasaban importantes acontecimientos. La derrota de Benevento había empujado á su lugarteniente al Brucio, y las posesiones de los dos partidos podían señalarse, á fines de 214, por una línea tirada desde el monte Gargano hasta las bocas del Laus, que cae en el golfo de Policastro. Apoyada esta línea por la parte de Roma en plazas fuertes ó en campos atrincherados, estaba defendida, en Lucania por el ejército de Graco, y en Apulia por la del pretor Fabio. A espaldas de Aníbal y Hannón ocupaban los romanos también la Calabria, Tarento y Regio. Capua seguía bloqueada por el campamento de Suesula y por la guarnición de Casilino (1).

Esta campaña terminaba mal también para los intereses de Aníbal. Pero obligando al senado á mantener en Italia catorce legiones contra él solo, daba á sus aliados y á Cartago el tiempo y los medios de hacer importantes diversiones y de llegar hasta él. ¿Lo aprovecharon, por ventura?

III. — SUBLEVACIÓN DE MACEDONIA Y SIRACUSA POR ANÍBAL (214 - 212)

Refiere Polibio que el año 217, asistía Filipo á los juegos Nemeos de Argos, cuando llegó un correo de Macedonia dándole la noticia de que los romanos habían perdido una gran batalla y Aníbal era dueño de todo el país llano. El rey mostró esta carta á Demetrio de Faro, el cual le instó á atacar sin demora á los ilirios y á pasar luego á Italia. Representábale que la Grecia, ya sometida, continuaría obediéndole; que los etolios, enemigos suyos, iban á deponer las armas, y en fin, que si quería hacerse dueño de la Unión, noble ambición que á nadie convenía mejor que á él, era menester pasar el Adriático y rematar á los romanos, ya heridos por Aníbal. Y añade el historiador:

«Semejantes palabras fueron muy bien recibidas por un rey joven, audaz, afortunado hasta entonces en sus empresas, y descendiente de una raza lisonjeada siempre por la idea de llegar á obtener el imperio universal.»

En efecto, tales eran los ambiciosos designios en que se habían estrellado dos hombres valientes, Alejandro el Moloso y Pirro, y que el ilirio quería que realizara el débil heredero del reino de Macedonia. Pero ni el príncipe ni su consejero sentían conmovido el mundo al choque de Roma y de Cartago, ni en ese libro del destino que la prudencia y el valor escriben ponían más que sus quiméricas esperanzas. Sin embargo, griegos avisados y sutiles veían asomar la tempestad al Occidente y uno de ellos exclamaba con voz profética:

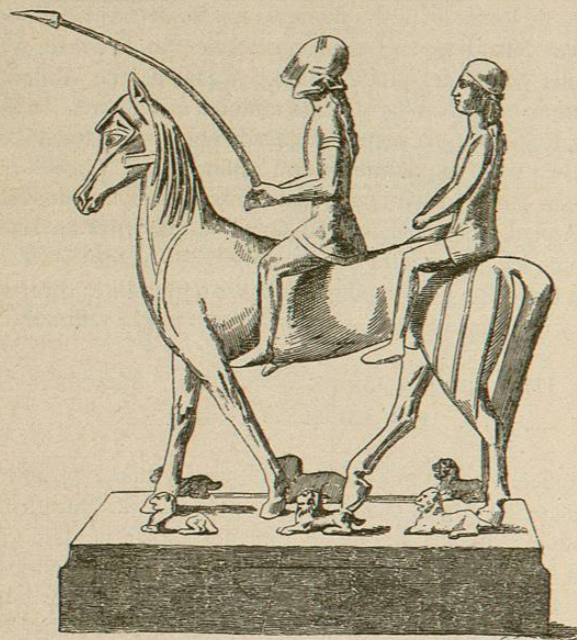
«Unase la Grecia y considere esos ejércitos inmensos que se disputan el campo de batalla de Italia. La lucha acabará muy pronto: Roma ó Cartago será victoriosa. Pero cualesquiera que sean los vencedores, vendrán á buscarnos á nuestros hogares. Reflexionad ¡oh griegos! y tú sobre todo, Fi-

(1) Algunas ciudades samnitas estaban, sin embargo, aún por Aníbal, como Maronea y Aternum entre los marrucinos (Tito Livio, XXIV, 47).

lipo, reflexiona. Pongamos término á nuestras discordias y trabajemos todos de consuno en prevenir el peligro.»

¡Vanias palabras! Todos guardaron sus rencores en el corazón, y cuando Filipo, después de Canas, concluyó con Aníbal aquel imprudente tratado que le imponía las cargas del presente para un porvenir muy incierto, se vió en la imposibilidad de ejecutarlo.

Antes de pasar á Italia, según los términos del convenio, quiso Filipo destruir en la Iliria la influencia y la dominación romana, y con ciento veinte galeras tomó á Orico á la embocadura del Aous, y remontando este río, puso sitio á Apolonia, antigua y floreciente colonia de Corinto. Esta agresión, mal conducida, dió tiempo al pretor Valerio Levino á llevar de Brindis una legión; entró fácilmente en Orico, y una noche forzó por sorpresa el campo macedón,



Guerrero á caballo con un hombre á la grupa (1).

de donde á duras penas pudo evadirse el rey, huyendo casi desnudo á su flota. Emboscados los romanos á orillas del río cerraban el paso, y Filipo, reducido á quemar sus galeras, tomó por tierra el camino de Macedonia, mientras Levino inverna en Orico. Una sola campaña, una sola legión, dispuso los temores que inspiraba aquella guerra.

Había creído el pretor que tendría que combatir á un poderoso monarca y encontró solo un príncipe irresoluto que fatigaba la Grecia, la Macedonia y á sí mismo con proyectos siempre mudables. Para tener á raya, por espacio de tres años, al rey de Macedonia, bastaron un general romano y algunos millares de hombres; pero también hábiles emisarios, que poco á poco volvieron contra Filipo al rey de Iliria, á Atenas, y á los etolios, con Esparta, Elida y Mesenia, y más tarde al rey de Pérgamo Atalo, á Rodas, á los dardanienses y á los tracios. Desde luego los combatieron los romanos, menos por sí mismos que por sus aliados, y sus tropas fueron sucesivamente expulsadas de todas las posiciones que ocupaba en Grecia, mientras el senado con

(1) Bronce muy feo, pero curioso, encontrado en Grumento, de Lucania. (*Atlas del Inst. arqueol.*, t. V, p. 50, y *Anales* para 1853, p. 113-6.) ¿Es un recuerdo de la organización dada por los romanos, delante de Capua, al cuerpo de jinetes, los cuales tomaban á la grupa sendos soldados de infantería? En este caso sería el bronce un ex-voto. ¿Habrá imitado Aníbal esta organización? La armadura, ó á lo menos el casco del jinete, no deja de asemejarse á la panoplia cartaginesa.

algún oro y muchas intrigas, arrojaba sin cesar sobre la Macedonia las hordas salvajes de los montañeses de la Dardania. En 205, solicitó Filipo la paz, y esta diversión que hubiera podido decidir la suerte de la lucha entre Aníbal y Roma, apenas había disminuído el efectivo de las legiones de Italia.

La defección de Siracusa trajo por algún tiempo una situación más grave. Hierón permaneció fiel á la alianza con Roma hasta su último día, y su hijo Gelón, á quien asociara á su gobierno, participaba de los sentimientos del padre; pero Gelón precedió á este en el sepulcro, y cuando el anciano murió, en 216, dejó por heredero á su nieto Hierónimo. Cincuenta años de reposo y de perseverancia en las mismas amistades era demasiado para la turbulenta Siracusa. Cuando la mano firme de Hierón dejó de refrenar á aquel pueblo, se agitó éste en mil deseos contrarios y se multiplicaron los disturbios, conspiraciones y sangrientos excesos. Corrompido por el poder, como todos ó casi todos los príncipes que llegan á él en edad temprana, el nuevo rey Hierónimo se perdió por su crueldad y por sus desórdenes. El pueblo mató á este tirano de quince años, y proclamó la libertad de Siracusa, nombrando pretores y un senado, sin poder darles autoridad. Los siracusanos querían mantener la alianza con Roma; pero dos emisarios de Aníbal, nacidos en Cartago de madre siracusana, Epícides é Hipócrates, los lanzaron á la guerra. Estos dos extranjeros se habían granjeado la confianza de los numerosos mercenarios del último rey y desterrados de Siracusa, sublevaron á Leontini y todo el ejército siracusano, acusando á los pretores de querer entregarlo á la espada de los romanos. Los pretores fueron degollados, y Siracusa se pasó al partido de su antigua enemiga.

La fermentación de que era teatro toda la isla, decidió al senado á enviar allá á Marcelo, que á sus cincuenta años, conservaba todo el ardor de sus primeros años de guerra. Marcelo hizo entrar, ante todo, en el partido de Roma á los habitantes de Tauromenio, y á la noticia de que Epícides había sublevado á los siracusanos, se apoderó de Leontini, cuyo territorio, famoso por su fertilidad, iba á mantener sus tropas. Desde la primera de estas plazas vigiló el mar Jonio; la segunda era un puesto avanzado de Siracusa, que al perderlo, se halló descubierta y pudo ser sitiada por los romanos (214).

Ocupaba Siracusa en la costa oriental de Sicilia una posición muy favorable para el comercio y para la guerra. La cadena central de las montañas sicilianas viene á parar allí formando dos promontorios de abruptas pendientes que envuelven un vasto terreno pantanoso, atravesado por el riachuelo de Anapo. Este pantano, antigua laguna, medio cegado por los aluviones, y sobre el cual se cernie siempre la *malaria*, termina en el Gran Puerto, que ha formado la mar entre el promontorio del Sud, Plemirio, y el del Norte, Acradina ó el cuartel de los perales silvestres. El puerto, de forma oval y de 8 kilómetros de circunferencia, tenía excelentes condiciones para los navíos, y aun hoy es uno de los mejores de Sicilia. La isla Ortigia defendía su entrada, que con una amplitud de 1100 metros podía ser en parte batida por las balistas y catapultas de esta fortaleza. Un puerto mas pequeño, pero suficiente para la marina de los antiguos, separaba á Ortigia del continente, pero en el estrecho canal que lo terminaba al Oeste se había podido echar un puente. El tercero, llamado de Trogila, se abría al Norte, al pie de las escarpas del *Hexapilo* (las Seis Puertas), de modo que los navíos llegaban á Siracusa casi por todos los vientos.

La ciudad ocupaba el promontorio del Norte, vasto triángulo cuya base era Acradina y cuyo vértice Epípulo. Como

Ortigia, Acradina tenía sus fortificaciones particulares, que la separaban de los cuarteles bajos, Neapolis, Temenito, Tica; y una importante obra coronaba el extremo de las alturas de Epípulo.

Marcelo estableció sus almacenes y reservas en el sitio en que los cartagineses habían acampado tantas veces, en una colina donde se alzaba un templo de Júpiter Olímpico. Allí estaba cubierto por la llanura pantanosa de Anapo, y en comunicación con su flota, que dueña del Puerto grande amenazaba á la Acradina. El ataque formal se dió sin embargo á la otra parte de la ciudad, hacia el Hexapilo, donde terminaba el camino de Leontini y de Megara.

Por su posición en un promontorio montañoso, envuelto por pantanos y por el mar, por sus altas murallas, asentada sobre la roca ó hundiéndose en la mar, por el cuidado incesante de Hierón en tener siempre sus almacenes bien provistos de víveres, de armas y de máquinas de guerra, Siracusa parecía una plaza inexpugnable. ¡Y tenía á Arquímedes! Este gran geómetra consintió, para salvar á su patria, en descender de las alturas de la especulación á la aplicación práctica. Armó de nuevas máquinas los muros, máquinas que lanzaban á lo lejos enormes fragmentos de roca; si los barcos romanos se acercaban á la muralla, una mano de hierro los agarraba, los levantaba en el aire y volvía á dejarlos caer en poco fondo, donde se estrellaban; si se tenían á distancia, dos espejos hábilmente combinados les pegaban fuego (2).

Cartago, por otra parte, mostraba esta vez una solicitud interesada en secundar los proyectos de Aníbal: en cuanto le hubo ofrecido reconquistar la preciosa isla, le envió treinta mil hombres, que tomaron á Agrigento, Heraclea y Murgancia, donde Marcelo había establecido sus almacenes, y arrastraron la defección de sesenta y cinco ciudades, quedando sólo á los romanos las plazas del litoral, y Henna en el centro de la isla, bien que á precio de una traición. Esta ciudad, situada en la cima de una escarpada montaña, era verdaderamente inexpugnable; pero sus habitantes, en inteligencia con Himilcon, querían entregarle la plaza. Pinario, que allí mandaba, la guardaba con tanta solicitud, que desesperando aquellos de burlar su vigilancia, procuraron intimidarlo. En efecto, le reclamaron con altivez las llaves de las puertas. «Mi general me las ha confiado, contestó el gobernador, y no se las entregaré á nadie más que á él.» Y como insistieran, les declaró que él quería saber la opinión de todo el pueblo; que convocaran la asamblea general y allí les daría á conocer su última resolución.

El día siguiente todo el pueblo se reunió en el teatro y Pinario asistió á la reunión. Mientras hablaba llegaron sus soldados como curiosos, y ocuparon sin llamar la atención todas las salidas y las gradas superiores. A una señal de Pinario, se precipitaron sobre la inermes multitud y todos fueron pasados al filo de la espada.

Antes de esta sangrienta escena hubo de hacer Pinario esta invocación á Ceres y á Proserpina, las diosas políadas de Henna:

«¡Oh Ceres venerable! ¡oh Proserpina! y vosotros todos, dioses del cielo y del infierno, que habitáis esta ciudad, es-

(1) De una moneda de plata.

(2) Plut., *Marcel.*, 13, 28. Ni Polibio ni Tito Livio hablan de esos espejos. Buffon repitió este experimento el siglo pasado.

tos lagos, estos bosques sagrados, sednos benévolos y propicios, pues veis que sólo por evitar una traición, no por comerla, tomamos esta necesaria resolución.»

Pinario, como buen romano, creía de buena fe haberse puesto bien con los dioses y con su conciencia haciendo esta oración, y dos siglos después Tito Livio pensaba aún como él. «Henna, dice, quedó así en nuestro poder por un golpe de mano culpable ó necesario.»

La caída ó liberación de Siracusa podía únicamente decidir la suerte de Sicilia, y todas las fuerzas de los dos partidos se concentraron sobre este punto.

Arquímedes había obligado á Marcelo á trocar el sitio en bloqueo, y las flotas cartaginesas abastecían continuamente la plaza. A pesar de las privaciones y las fatigas, á pesar de la peste que diezaba las tropas, á pesar de las provocaciones de Himilcon y de Hipócrates, el procónsul, cubierto por sus líneas y con una paciencia digna del mismo Fabio, esperó á que alguna traición inevitable en una ciudad que encerraba tantos partidos y extranjeros, le entregara al fin la plaza.

Más de una vez se presentó esta ocasión, pero hubo de malograrse por la actividad de Epícides. Hasta que un día (en 212) se presentaron unos tráfugas anunciando que el día siguiente iba á celebrar el pueblo con alegres orgías la fiesta de Diana. Contando un soldado los ladrillos que formaban el muro inmediato del puerto Trogila, había calculado su altura, y unas escalas construídas según este dato, sirvieron para un asalto nocturno: dos de los cinco cuarteles fortificados, el Hexapilo y el Epípulo, se tomaron sin resistencia á favor del desorden de aquella noche de orgía. Neápolis y Tica abrieron sus puertas; el fuerte Euriale, llave de Siracusa, fué entregado por su mismo comandante. Pero Epícides continuó defendiéndose en la Acradina y en la isla de Ortigia. Cartago envió ejércitos, que la peste devoró, y flotas que huían de las galeras romanas. Por espacio de muchos meses, estuvo Marcelo como sitiado en Siracusa, medio conquistada.

Por último, cansado de esperar en vano, huyó Epícides á Agrigento, y entonces un mercenario español franqueó una puerta de Acradina adonde se precipitó todo el ejército romano (3). Arquímedes, á pesar de las recomendaciones de Marcelo, murió á manos de un bárbaro soldado. Abismado en sus meditaciones no había oído la orden del legionario de seguirlo á presencia de su general. Entre los trofeos traídos á Roma por el vencedor estaba la esfera del gran geómetra.

Tito Livio encomia la humanidad de Marcelo (4); pero según narraciones más verosímiles, Siracusa fué entregada al pillaje de sus soldados y sus habitantes despojados, hasta de sus tierras, hubieron de envidiar la suerte de sus esclavos. Se prohibió, como en tiempo de Dionisio el Antiguo,

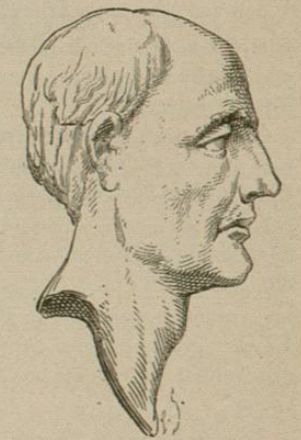
(3) Estos mercenarios españoles fueron recompensados con la donación de la ciudad de Murgancia y su territorio (Tito Livio, XXVI, Todos los tráfugas fueron decapitados.

(4) Tito Livio, XXV, 40. Dice, sin embargo, *urbis diripienda militi data* (Ibid., 30).

(5) Visconti: *Iconogr. rom.*



Filipo V, rey de Macedonia (1)



Marcelo (5)

residir en la isla de Ortigia, desde donde se dominaba el resto de la ciudad (212).

Perdida Siracusa, redujo Cartago sus esfuerzos á defender en Sicilia las plazas que se habían declarado contra Roma. Mutino, discípulo de Aníbal, atacó dos veces á Marcelo á orillas del Himera, Hannón lo alejó y fué batido. Exasperado por nuevas injusticias, el libi-fenicio Mutino, entregó al cónsul Levino la plaza fuerte de Agrigento, cuyos principales ciudadanos fueron pasados á cuchillo y los demás vendidos: los cartagineses que no tenían ya más que algunas malas plazas, dejaron la isla por la última vez. Levino desarmó á los sicilianos, recompensó á los partidarios de Roma, castigó cruelmente á los de Cartago y los obligó á todos á convertir sus cuidados á la agricultura para alimentar á la hambrienta Roma (1).

En Sicilia como en Grecia, los planes de Aníbal habían fracasado; en Cerdeña, no se atrevían ya los cartagineses á mostrarse; en España ni Asdrúbal ni Magón podían llegar á los Pirineos; en Italia, olvidaban los galos la guerra púnica, y Capua siempre bloqueada iba á expiar su traición.

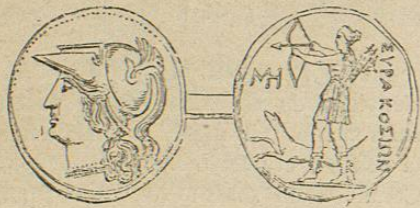
Retirado el mismo Aníbal á la Apulia, no esperaba ya nada sino de la consunción y lasitud de Roma. Pero Roma era un prodigio de constancia y de prudencia: á la alianza de Filipo y de Siracusa había opuesto la de los celtíberos, la de Sifax, rey de Numidia, la de Tolomeo y una parte de los griegos. El año 213, tuvo veinte legiones sobre las armas; en 212 y 211 tuvo hasta veintitres. Por la toma de Arpi, donde mil hombres de aquella preciosa caballería que era el nervio del ejército cartaginés se pasaron á los romanos; por la de muchas plazas de la Lucania y del Brucio, Aníbal se vió tan estrechado que se arriesgó el senado á llamar los dos ejércitos consulares para enviarlos contra Capua. Los romanos no habían querido atacar seriamente esta plaza hasta ser bastante fuertes para tomar de ella una ejemplar venganza.

Aníbal parecía abatido, pero de pronto sale de su reposo más amenazador y terrible que antes. Da golpes repetidos, sorprende á Tarento, hace adherirse á su causa á la mayor parte de los pueblos de la Lucania y del Brucio, y lo que, después de Trasimeno y de Canas, no se había atrevido hacer, lo intenta ahora. Desde lo alto de sus muros lo verán los romanos acampar á cuarenta estadios de distancia. Es que precisa poner en salvo á sus más fieles aliados y aprovechar la confianza que ha vuelto á los generales romanos.

El senado había exigido de Tarento rehenes que se tenían encerrados en Roma en el atrio del templo de la Libertad. Cohecharon á dos de sus vigilantes y se evadieron; mas fueron aprehendidos antes de pasar de Terracina. El pueblo, en aquel momento, herido de supersticiosos terrores no estaba propenso á la clemencia. Los templos de la

(1) Era tan grande la carestía, que el *medimno* de trigo valía 15 dracmas, y el senado tuvo que enviar hasta á Egipto á pedir víveres á Tolomeo. (Polib., IX, fragm., 18.)

(2) Anverso: cabeza de Minerva ceñida de casco; reverso: ΣΥΡΑΚΟΣΙΩΝ y un monograma. Diana cazadora con su perro. Moneda de plata.



Moneda de Siracusa (2)

Fortuna y de la Esperanza acababan de quemarse y se anunciaban por aquí y por allá prodigios pavorosos.

Fuera de esto, una evasión preparada por un embajador de Tarento era indicio de una próxima defección. En su virtud, los rehenes fueron pasados por las varas y precipitados de la roca Tarpeya. Pertenecían á las familias más ilustres de su ciudad. Trece jóvenes nobles, á cuya cabeza se pusieron Filemeno y Nicón, formaron el proyecto de vengarlos entregando la ciudad á los cartagineses, que acampaban en las inmediaciones. Con pretexto de caza, salieron de la ciudad con venablos, redes y perros y fueron al campamento de Aníbal, á quien revelaron su designio. Muchas veces repitieron estas entrevistas; pero como volvían siempre con abundante caza de que Aníbal proveía, no se concebía ninguna sospecha en la ciudad, y así tuvieron tiempo sobrado para convenir todas las condiciones del tratado. Tarento conservará sus leyes, sus bienes y su libertad con exención de todo tributo; no recibirá contra su voluntad guarnición cartaginesa, pero entregará la guarnición romana.

Una noche Filemeno llegó á una puerta de la ciudad é hizo la señal de costumbre para que se le abriera; entra precedido de dos hombres que llevan un enorme jabalí, y mientras los guardias admiran la corpulencia del animal, Filemeno y los soldados que lo siguen se arrojan sobre ellos y los degüellan. Aníbal se acercaba al mismo tiempo por otra parte, y luego que hubo llegado á poca distancia del recinto enciende un fuego que da una llama viva y se extingue al punto. Idéntica señal responde en el interior, hecha por Nicón y otros conjurados. Estos sorprenden la guardia, abren la puerta y Aníbal entra en la ciudad, pasando al filo de la espada á todos los romanos que no tuvieron tiempo para refugiarse en la ciudadela. Situada esta en una península rocosa, era fortísima, y un muro precedido de un profundo y amplio foso la separaba de la ciudad. Para tomarla hubiera sido menester un sitio regular y por consiguiente un tiempo considerable, y Aníbal no lo tenía, porque los gritos de miseria de los campanienses llegaban en aquel momento hasta él (212).

Capua no había obtenido ninguna ventaja de su alianza con Aníbal. Cercada por las ciudades vecinas, que Roma había conservado en su amistad, y amenazada por las legiones acampadas á poca distancia, veía perdido su comercio, arruinada su agricultura, y en medio de los campos más fértiles de Italia tenía que pedir víveres á los cartagineses. Aníbal que mantenía el sitio de la ciudadela de Tarento, encargó á Magón, uno de sus más hábiles tenientes, de abastecer á Capua; pero los colonos de Benevento dieron aviso de su marcha al cónsul Fulvio, acampado cerca de allí, en Boviano, y sorprendido Magón, perdió trece mil hombres con todo el convoy.

Era menester destruir el mal efecto de esta derrota y el mismo Aníbal se dirigió á Capua, sin que nadie se atreviera á cerrarle el paso. Dos mil jinetes que lo precedían aventaron á los forrajeadores romanos de las inmediaciones de la ciudad, y á la sola noticia de su aproximación, retrocedieron los dos cónsules: el uno se replegó sobre Cumas, y el otro hacia la Apulia. Púsose Aníbal en persecución de éste, y se vengó de no haber podido alcanzarlo en el centurión Penula, al cual le mató quince mil hombres que se le habían confiado sin dejarle uno á vida, y en el pretor Fulvio, que perdió diez y seis mil cerca de Herdonea. Poco antes, atraído Graco á una emboscada por un lucano, había perecido en ella disolviéndose su ejército de esclavos (211). Algunos meses más antes, fueron vencidos y muertos los Escipiones en España. La toma de Siracusa no compensaba tales y tantos desastres.

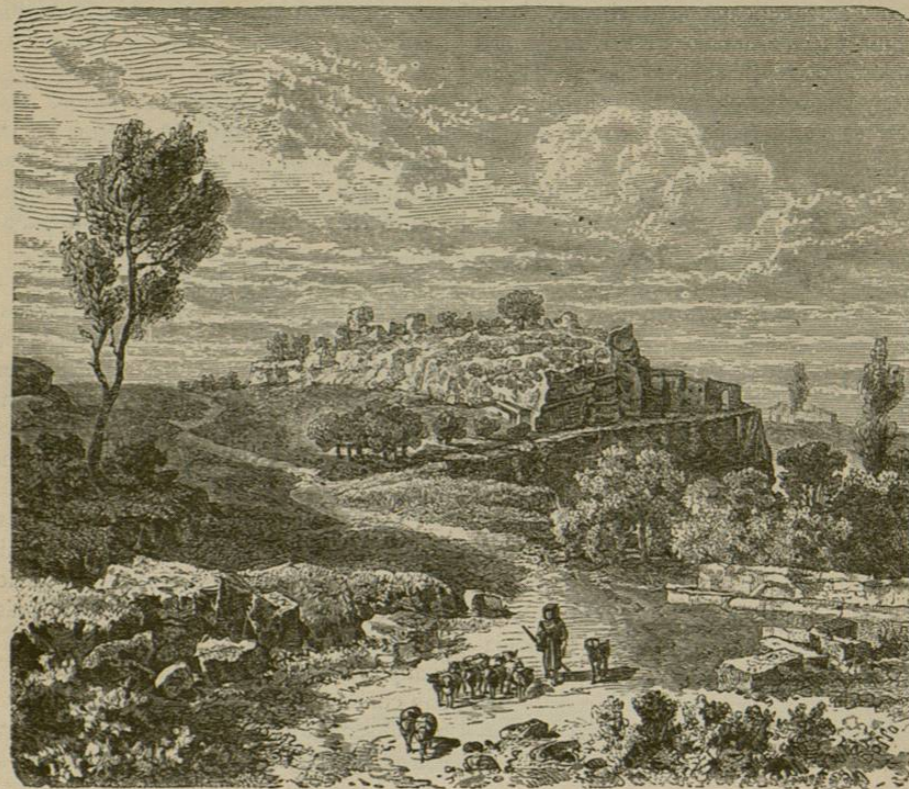
Los romanos se dieron buena prisa en volver á la prudente táctica de Fabio; pero con su tenacidad habitual, volvieron á emprender el bloqueo de Capua. En cuanto Aníbal dejó libre la Campania, los dos cónsules y un pretor con diez y seis mil hombres, lo menos, tomaron sus disposiciones para castigar á aquel pueblo, que se había atrevido á dar la señal de las defecciones, y á fin de que no los apartaran de su intento, hubieron de encerrarse, como en una fortaleza elevando un doble muro defendido por un foso, que puso el campamento á buen recaudo, contra las salidas de la plaza y los ataques de afuera. El abastecimiento del ejército quedó asegurado por las playas de Cerdeña y Etruria, y las vituallas desembarcadas en Pozolo ó á la desemboca-

dura del Volturno, subían por este río hasta la plaza fuerte de Casilino, donde estaban los almacenes del ejército.

El senado tenía aún algunos amigos en Capua; en 213, algunos jóvenes nobles en número de ciento doce se pasaron á las líneas romanas, y en 211, esperaba provocar nuevas defecciones. Aun no estaban terminadas las obras de bloqueo, cuando llegó un fecial con esta declaración dirigida á los capuanos:

«Los que antes de los idus de marzo abandonen la ciudad conservarán su libertad y sus bienes.»

Era anunciar la suerte reservada á los demás. Estos lo sabían muy bien y los agitadores del partido popular que eran dueños de Capua no tenían maldita la esperanza de que



Campamento de Aníbal (1)

Roma olvidara su traición. Así pues habían organizado un sistema de terror y puesto al frente de la ciudad, como *meddix tuticus*, un hombre oscuro, adorado del populacho, á causa de sus declamaciones contra las riquezas y traiciones de los nobles. Nadie se atrevió á responder al supremo llamamiento del senado.

Un incidente que hace pensar en los combates singulares de la Edad media, muestra también que ciertos nobles tenían necesidad de hacer alarde de su abnegación patriótica. El romano Quincio Crispino había tenido por huésped al campaniense Badio, á quien antes de la defección de Capua había cuidado en su casa durante una enfermedad. Un día se presenta en las avanzadas, llama á Quincio Crispino y le dice: Te reto á un combate. Montemos á caballo apartándonos á todos y veamos quién de los dos es el mejor guerrero.

El romano le contesta que hay entre ellos lazos de hospitalidad y no debe aceptar el reto, pues aun en el encuentro de un combate se desviaría por no manchar su mano con la sangre de un huésped.

«Tienes miedo, replica Badio; eres un cobarde.» A este ultraje corre Crispino á pedir á su general la venia para com-

batir fuera de filas, y obtenida, toma su caballo y sus armas, y acude al desafío. En el encuentro hiere á su adversario en el hombro izquierdo por encima del escudo y lo derriba del caballo; pero mientras salta en tierra para rematarlo, levántase Badio y corre á refugiarse entre los suyos. Crispino volvió al campamento con el caballo y las armas del vencido, siendo recibido con el aplauso y júbilo de sus compañeros. «Fué un presagio, dice el piadoso Tito Livio: el éxito de este combate levantó el valor de los unos y abatió la audacia de los otros.»

Estas escaramuzas al rededor de Capua dieron lugar á una novedad militar. El centurión Q. Novio hubo de imaginar la conveniencia de enseñar á los velites, escogidos entre los más vigorosos y listos, á combatir en medio de la caballería. Armados de un escudo pequeño y siete jabalinas ó acerados venablos, partían á la grupa de un jinete, y al encuentro del enemigo saltaban en tierra. Los campanienses tenían entonces que combatir á la vez con infantes cuyos rápidos dardos herían ó mataban muchos hombres y caba-

(1) Así se llama hasta hoy este paraje situado en la *Rocca di Papa*. Tomado de una estampa de la Biblioteca Nacional.